

# La historiografía de la literatura en Latinoamérica y el Caribe: desde el positivismo hasta el marxismo y el comparatismo cultural

## RESUMEN

La historia literaria en América Latina y el Caribe ha tenido que enfrentarse con los problemas teóricos heredados de la historia literaria europea: positivismo, periodos literarios, generaciones literarias, objeto de estudio, y otros. En las tres últimas décadas del siglo XX aparecen trabajos que, desde una perspectiva crítica y teórica literaria, a la par que aplicada, cuestionan la validez de la disciplina tal como había sido practicada hasta entonces. Las propuestas que se realizan son fundamentalmente dos: renovación de la historia literaria atendiendo a la variedad de literaturas existentes en este ámbito cultural y a la base histórica, radicalmente social, de estas literaturas, o renovación de la historiografía literaria recurriendo a elementos procedentes de la literatura comparada que son los que, a juicio de muchos autores, pueden dar cuenta de una variedad que ha de contemplar no tanto la Literatura entendida en sentido culto y tradicional como la enorme pluralidad de culturas literarias que conviven en estos países.

**Palabras clave:** historia literaria positivista, historia literaria de América Latina y el Caribe, historia comparada de las literaturas, historias literarias de América Latina, culturas literarias, historia social de la literatura, sistemas literarios e instituciones sociales.

Historiography of Latin American and Caribbean Literature: from Positivism to  
Marxism and Cultural Comparativism

## ABSTRACT

Latin American and Caribbean literary history has had to face the theoretical problems inherited from European literary history: positivism, literary periods, literary generations, objects of study, and many others. In the last three decades of the twentieth century, works have appeared which from a theoretical and critical, as well as an applied, literary perspective have questioned the validity of the discipline as it had been practiced up until that moment. The proposals offered are basically two. On the one hand, a renewal of literary history accounting both for the variety of existing literatures in this cultural domain and for the radically social historical basis of these literatures; on the other hand, a renewal of literary historiography, resorting to elements coming from comparative literature. These elements, in the opinion of many authors, are the ones which may account for a variety which has to

be considered as, not so much literature in its learned and traditional sense, but rather as the huge plurality of literary cultures which coexist in these countries.

**Key words:** Positivist Literary History, Latin American and Caribbean Literary History, Comparative Histories of Literature, Literary History of Latin America, Literary Cultures, Social Literary History, Literary Systems and Social Institutions.

La historia de la literatura en Latinoamérica, por la íntima relación que guarda con la crítica literaria por un lado y con la literatura por otro, ha sido sometida, en las últimas décadas del siglo XX, a un proceso de revisión que surgió tras la constatación de las fallas de la disciplina tal como se había entendido tradicionalmente. Carlos Rincón resume la situación en estos términos:

Va a ser dentro de ese paisaje en ruinas de la historiografía literaria idealista, aunque sin verlo como tal, y con la utilización de los mismos métodos que la obstaculizan, aunque sin experimentarlos en esa forma, como se cumple entre nosotros el intento de una historia de la literatura de un continente en vías de liberación –pero tampoco sin captarla como tal. (Rincón 1973: 144)

La historia de la literatura se tiene que enfrentar a dos problemas básicos: una periodización que sea científicamente sustentable y la problemática del objeto de estudio. El colonialismo presente en el ámbito literario y crítico literario se detecta también en el campo de la historiografía literaria que, en manifestaciones tan destacadas como la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954) de Enrique Anderson Imbert, refleja claramente las huellas del idealismo alemán y el raciovitalismo de Ortega y Gasset. Como el filósofo español, Anderson Imbert establece en quince años la duración de cada generación, y como Dilthey, que habló de dos factores para establecer la cultura espiritual de cada generación: el estado de la cultura en el momento en que la generación empieza a formarse y “el mundo circundante de la vida, las relaciones reales, las situaciones de índole social, política, etc.” (*apud* Rincón 1973: 145); Anderson Imbert se ocupa de estos elementos en los apartados de su obra que titula “marco histórico” y “tendencias culturales”.

Para Rincón, el primer argumento contra el método generacional como principio de periodización es no sólo su carácter idealista, sino también que únicamente es posible tras el establecimiento de la sociedad burguesa en Europa, por lo que no es aplicable a épocas anteriores. Sin embargo, el método generacional llega a América Latina ochenta años después de su surgimiento en Europa, vía Ortega y Gasset, y muestra sus deficiencias tanto a nivel metodológico como en lo relativo al objeto de estudio pues, si por un lado “la teoría de las generaciones de Anderson Imbert lleva el desarrollo de la historia literaria, cuyo proceso materialista resulta así volatilizado por ceder su lugar a un fantasma” (Rincón 1973: 147), en lo relativo al objeto de estudio

el anacronismo de una teoría generacional como solución al problema de la periodización se une así a una concepción idealista y ahistórica de la literatura muy precisamente datable. Bajo el manto de “Expresión” hace de la historia, cuanto más, un marco accesorio o un horizonte que se contempla, y no la constitución del hecho literario (*ídem*).

La situación es tal que Enrico Mario Santi (1984) contrapone la historia a la historia de la literatura entendiéndolas como dos actitudes antitéticas e irreconciliables que se dan en la crítica de ese momento. La aproximación histórica sería la que usa modelos de las ciencias sociales para explicar el texto literario en función de las corrientes sociales, económicas o ideológicas que lo determinan; la corriente histórica literaria o textual se centraría en las cualidades del texto literario prestando especial atención a los rasgos estructurales, lingüísticos y estéticos. Esta doble dirección interesa al investigador de cara a la enseñanza de la literatura, pero no puede ignorar la crisis que ha sufrido en las últimas décadas la crítica literaria ni los cambios sociales que han conducido al desprestigio de las humanidades. La ausencia de una crítica original es preocupante no tanto porque la existente hunde sus raíces en otras latitudes (Europa), sino porque se aplica de forma mecánica y arbitraria a los textos de la tradición americana. Santi termina pidiendo tanto a críticos estructuralistas como marxistas un concreto compromiso que ha de unirlos:

Yo creo que necesitamos una crítica ética de la literatura latinoamericana, una crítica “apasionadamente temática” que incluya las dimensiones morales, existenciales, ideológicas, imaginarias de nuestros mejores textos. Creo que también necesitamos profesores de literatura que asuman esa ética y estén dispuestos a desafiar las supersticiones críticas que imperan hoy en día, que tengan el valor de recordar a sus estudiantes, como Hans Jauss nos ha recordado a nosotros, que “ningún texto literario fue jamás escrito para ser leído e interpretado filológicamente por filólogos ni... históricamente, por historiadores”. (Santi 1984: 112)

Hay que decir, en cualquier caso, que existieron intentos de realizar aproximaciones marxistas a aspectos o periodos concretos de la historia literaria latinoamericana. Un caso muy significativo es el de Françoise Perus, que en 1982 aboga por una visión histórica de la literatura que no es una historia literaria, pero que mantendría vínculos con la disciplina; se trata de devolver a la literatura su historicidad concreta para liberarla de todas las envolturas metafísicas que seguían presentes en muchas divagaciones sobre su “esencia” o incluso su “especificidad”. Pero el problema es complejo y, más allá del materialismo que se desprende de toda teoría marxista, Perus recoge años después, en un volumen, trabajos críticos que abordan la relación entre literatura e historia desde perspectivas diversas como la hermenéutica, la sociología de la literatura o la sociocrítica. En *Historia y literatura* (1994) se recogen estudios de Michel de Certeau, Ricoeur, Spiegel, Eva Kushner, Edmond Cros y Régine Robin; el objetivo de la obra es terminar con un estado de cosas que se ha prolongado en exceso:

En su mayor parte, las concepciones estéticas y los debates teóricos acerca de la “esencia” del arte, el “valor estético” o la “especificidad” de la literatura en el presente siglo giran de hecho en torno a este deslinde entre literatura e historia. Y se caracterizan también, al menos en lo que concierne a las concepciones predominantes, por su empeño en resguardar a la Literatura de las vicisitudes e influjos de la Historia (en la doble acepción del término). Las nociones de “universalidad” y “perennidad” de la Literatura –entendidas ambas como transhistóricas– fueron hasta no hace mucho los principales argumentos esgrimidos en contra de las tentativas por devolverles a aquéllas su historicidad concreta. (Perus 1994: 9)

Años después del primer trabajo citado, Rincón (1986) vuelve a tratar el tema en el mismo marco de crisis de la crítica literaria, unida esta crisis al auge de la nueva narrativa latinoamericana y a las concretas vicisitudes sociales y políticas que se producen en Latinoamérica. La visión de la historiografía literaria sigue siendo la misma: recopilación de obras consideradas canónicas e inserción de enormes listados de autores y títulos que se ordenaban conforme a la teoría biologicista de las generaciones. Así entendida, la historia literaria era una simple disciplina auxiliar con funciones pedagógicas o propedéuticas. Existió, sin embargo, un intento de renovación, aunque insuficiente:

La única alternativa bosquejada fue la de convertirla globalmente, dentro del curso histórico y sus contradicciones, en expresión –reflejo– de las condiciones de su génesis, y unir a través de ese esquema literatura y sociedad hispanoamericanas. Aun en esos casos, el criterio de periodización imperante seguía siendo el llamado método generacional. No se le concedía incidencia mayor a la existencia en el subcontinente de grandes y específicas unidades regionales, con variables condiciones propias en cuanto a la génesis, estructura y funciones de sus sistemas literarios. Quedaba también otra incógnita sin despejar: la de la relevancia propia de la actividad historiográfica, al no estar definida la cuestión del valor histórico-cognitivo de la literatura en cuanto fenómeno *superestructural* frente a la determinación, *en última instancia*, de la *base*. (Rincón 1986: 9-10)

Para mediados de los años setenta Rincón señala tres direcciones en la historia de la literatura en Latinoamérica: Primera, la que enfrentaba la cuestión de las diversas lecturas de una obra con la historia de las sociedades de América Latina, entendida como problema histórico-literario y de teoría de la literatura (es el caso de autores como Antônio Cândido, Concha o Glissant), que implicaba la posibilidad de romper con el análisis textual inmanente a partir de una historia de las estructuras de género que se abriera hacia la perspectiva de la historia de la función. Segunda: la que surge del examen de un sector concreto de la producción literaria, de significación histórica variable, en el que se manifiestan elementos procedentes de las literaturas indígenas o procedentes de África, esto es, las literaturas heterogéneas<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El concepto de literaturas heterogéneas lo empezó a formular Cornejo Polar en 1977 en el texto “El indigenismo y las literaturas heterogéneas. Su doble estatuto sociocultural”.

de que hablan Cornejo Polar sobre todo, pero también Escajadillo, Losada, Wachtel o Brathwaite. Y tercera, la que se produce en relación a la interpretación de la nueva narrativa latinoamericana, que en un primer momento es analizada por los propios novelistas como Carlos Fuentes, Vargas Llosa o Carpentier y Miguel Ángel Asturias; el problema fundamental que se plantea en principio es la dialéctica continuidad / discontinuidad en relación a las corrientes literarias anteriores.

Si el proceso de autocritica en la crítica y teoría literarias fue decisivo (sobre todo en lo relativo a una crítica socio-histórica o sociocrítica), en la historia literaria también dio sus frutos:

La reflexión autocrítica en el campo de la historiografía literaria tomó otro rumbo: el establecimiento de los elementos conceptuales destinados a conformar un marco general para el trazo de una historia social de la literatura hispanoamericana y del Caribe (Modelo Losada). (Rincón 1986: 12).

El modelo de una historia social de la literatura atiende, a su juicio, al proceso de producción, bajo las concretas condiciones de la sociedad latinoamericana, que se entiende como un proceso de autoproducción social, de tal manera que las series literarias latinoamericanas de Hispanoamérica y el Caribe debían articularse a partir de una serie de mediaciones culturales, el espacio cultural y social donde se dan e institucionalizan el texto y el sistema literario que se desenvuelven en esos espacios. En sus primeras manifestaciones, esta historia social de la literatura siguió conservando una cierta periodización (a partir de 1750) e ignoró la función de la literatura y de sus transformaciones sociales; además, cometió el error de centrarse en las literaturas del presente creyendo que el pasado podía descifrarse a partir de éste. La conexión entre historia y crítica literarias es patente:

La pregunta que surge es, obviamente, si toda historiografía, incluido el proyecto de una historia social de la literatura que somete la determinación de su objeto de conocimiento al de las formas más matizadas de la historia social, no tiene ahí un límite infranqueable, impuesto por el carácter de instrumento de adquisición de saber a través de la reconstrucción de procesos diacrónicos. [...] Mientras la historia de la literatura se centra con su análisis en aquellas significaciones que revisten las obras a lo largo del eje del desarrollo diacrónico, la interpretación crítica selecciona aquellas obras que, en el eje de la sincronía, se tornan accesibles a

---

Cornejo llamaba literatura homogénea a la que es producida y leída, respectivamente, por escritores y un público del mismo estrato social como el caso de la narrativa de Salazar Bondy, Ribeyro y Zavaleta en el Perú, y de Donoso y Edwards en Chile. “Caracteriza a las literaturas heterogéneas, en cambio, la duplicidad de los signos socioculturales de su proceso productivo: se trata, en síntesis, de un proceso que tiene, por lo menos, un elemento que no coincide con la filiación de los otros y crea, necesariamente, una zona de ambigüedad y de conflicto” (Cornejo Polar 1977: 9). Las crónicas de la Conquista, la poesía melgariana, la literatura gauchesca y la negroide y la narrativa de lo real-maravilloso serían diferentes ejemplos de literaturas heterogéneas.

una relación estética específica, y por ello deben ser incluidas en el decurso histórico mediante el establecimiento de un nuevo significado. (Rincón 1998: 14)

En opinión de Rincón es la discusión sobre las premisas epistemológicas de la historia literaria latinoamericana, producida con el objetivo de otorgarle una nueva fundamentación científica, la que la ha colocado en una nueva era. La historia de la historiografía literaria del subcontinente debe atender, pues, al concepto de discurso, en este caso el discurso de la historiografía literaria latinoamericana. Pero, además, como consecuencia del proceso de democratización, se ha extendido una cultura popular de base (que incluye teología de la liberación, pedagogía del oprimido o cultura de la resistencia<sup>2</sup>) que cumple una concreta función en el aprendizaje social, por lo que deberán contemplarse también la historización de las formas específicas de conciencia histórica que se producen en las sociedades latinoamericanas y las funciones de representación de identidad de la historiografía.

Esta preocupación metahistórica es la que guía a Beatriz González Stephan en sus trabajos, entre los que hay que destacar *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (1987), obra completa y escrita con rigor. El punto de partida de la autora no nos resulta desconocido: la crisis de los estudios literarios de la que se venía hablando durante los últimos veinte años responde a una crisis histórica y social que se traduce en el agotamiento de los fundamentos del sistema ideológico liberal para explicar las realidades culturales propias del subcontinente americano. La historia de la literatura surge en el siglo XIX como expresión de diversos nacionalismos políticos controlados por la ideología del liberalismo, que condiciona la visión de la disciplina (concepto del objeto de estudio, corpus de obras y autores, jerarquización de géneros, etc.) y, a su vez, el modelo de historia literaria que se va a dar en el siglo XX. Y es que, como la mayor parte de los críticos, González Stephan coincide en que:

En el caso particular de la historia literaria de la América Latina (tanto de las historias literarias nacionales como las del conjunto continental), su empobrecimiento y descuido desde 1940 no se corresponde con el apreciado número de ellas que ha estado saliendo al mercado. La cantidad de historias literarias no es índice de un desarrollo cualitativo en cuestiones metodológicas. [...] se puede advertir que a falta de una revisión de las bases que las fundamentan [que es lo que ella hace en su obra], han reproducido las mismas limitaciones, y, con ellas, la disciplina ha

---

<sup>2</sup> Sobre la cultura de la resistencia, ver, entre otros muchos, Marta Traba (1974). Dicha cultura parte de la dependencia que se detecta en los distintos países latinoamericanos tras las guerras de la independencia. En este contexto “La obstinación de la cultura por perforar el problema de la dependencia parte, desde luego, de la confianza de vencerla y superarla, y de la certidumbre de que, dentro de ella, nunca se podrá aspirar a las formas modernas de la libertad” (Traba 1974: 49). Pero los problemas que se plantean no proceden siempre de fuera puesto que estos mismos países, con frecuencia, no son capaces de articular una alternativa a la cultura capitalista colonial o imperialista que les llega desde distintos frentes.

perpetuado esquemas ya viciados que, bajo nuevos aderezos, prolongan en lo fundamental las premisas ideológicas que les dieron origen en el siglo XIX. (González Stephan 1987: 9-10)

En 1983 Beatriz González ya había estudiado los problemas de la crítica e historiografía literarias centrándose en el caso venezolano. La idea fundamental es que crítica e historia literarias son una praxis de la teoría literaria. En los últimos años se había hablado de crisis en la crítica y se había descuidado la historiografía literaria. Pero:

La crítica, para el proceso de comprensión de los textos, ha de relacionarlos permanentemente con el *sistema* que las obras constituyen, sistema que es un momento de un proceso evolutivo, por lo cual necesita una perspectiva histórico-literaria que le permita situar funcionalmente cada obra también en relación al proceso evolutivo del sistema. (González-Stephan 1983: 48)

Es en los años treinta y cuarenta cuando, a juicio de esta investigadora, se inician los esfuerzos de autores latinoamericanos destacados por elaborar una historia literaria que finalmente se revela como concepción localista dentro de las historias nacionales que, al intentar integrarse en conjuntos mayores, no buscan una integración dialéctica de elementos, sino una mera suma que no articula con sentido los elementos independientes. Igual sucede con las historias literarias continentales, que se limitan a superponer elementos sin buscar un sentido global.

En 1990 González Stephan se plantea hacer un balance de los aspectos más destacados de las historias literarias tradicionales para resaltar las expectativas y necesidades históricamente nuevas en una clara apuesta de futuro por la historiografía literaria. Ahora cuenta con proyectos satisfactorios que pueden servir de apoyo como el proyecto de Ana Pizarro, que cuenta con la ayuda de la AILC o el DELAL, *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* coordinado por Nelson Osorio y J. R. Medina (1995-1998), que ofrece una enorme cantidad de información, junto a monografías de autores importantes.

Ana María Barrenechea coordina y edita un número monográfico de la revista *Filología* titulado muy significativamente *La(s) historia(s) de la literatura* (1987). A los estudios centrados en diversos periodos y cuestiones de la historiografía de los países latinoamericanos se unen estudios de carácter teórico que pretenden esclarecer la especificidad de la disciplina. Ana María Barrenechea, en su "Introducción" al número, ya señala el agotamiento de la disciplina en el primera mitad del siglo XX y la preocupación presente en la zona del Caribe, América Central y el Sur por los problemas de identidad que se detectan aun antes de que llegara la Independencia. Enrique Ballón Aguirre afronta de lleno los problemas de la historiografía de la literatura en sociedades plurinacionales, multilingües y pluriculturales. El crítico empieza por cuestionar el nombre de una disciplina que no define previamente qué entiende por historia y qué entiende por literatura, pero que gracias a su institucionalización tiene una buena presencia en los estudios de primaria y secun-

daria y se presenta con un contenido programático que tiende a ser totalitario, disciplina tendente a conservar y transmitir determinados valores ideológicos. Por otro lado, la selección de hechos históricos y literarios recogidos y descritos es arbitraria, y son elegidos de entre el conjunto de procesos que constituyen la vida de los grupos sociales:

Por lo tanto, si la escritura histórica, la historiografía, y la escritura crítica de la literatura sirven para inscribir *hechos* históricos y literarios, dichas escrituras no son los *hechos mismos*. Y ampliando la cuestión, quiero decir que la historicidad de un *hecho literario* citado por el historiador de la literatura, es constituida por el acto mismo de su enunciación, eso que se describe y explica, es un hecho histórico-literario y punto. (Ballón Aguirre 1987: 9)

Esta llamada a la diferenciación entre objeto real y objeto de conocimiento importa por cuanto la constitución del objeto de conocimiento no es neutral desde un punto de vista ideológico puesto que los investigadores tienen la posibilidad de dar una visión alterada del hecho histórico literario a través de unos “procedimientos de mediación” histórica-literaria muy diversos como cartas, versiones de textos, documentos privados del autor, testimonios y anécdotas...; además de la insuficiencia que puedan mostrar estos registros, se plantea el problema de su interpretación. La historia marxista de la literatura reconoce la existencia de esas mediaciones y el hecho de que los textos literarios expresan la ideología e intereses de un grupo social y que, por lo tanto, responden a la concepción del mundo de ese grupo.

En esa línea se plantea el problema de diferenciar entre dos niveles: las actividades humanas llamadas literarias y la selección controlada por el historiador de la literatura de algunos de esos actos como históricamente representativos para un grupo social y para un momento histórico. Lo que Ballón destaca es la posibilidad intrínseca en toda obra literaria de fijar un canon y el carácter arbitrario de éste en tanto que responde a unos determinados intereses y no tiene un carácter universal, hecho que este crítico ejemplifica con la historia de la literatura peruana, especialmente compleja por el número de lenguas y culturas que conviven en el mismo espacio geográfico.

Haroldo de Campos (1987) se centra, por el contrario, en la situación de Brasil, en la que es especialista. Aquí el problema es que la literatura brasileña nace bajo el signo del barroco y que la idea de nacimiento hay que entenderla como una doble metáfora ya que la literatura brasileña, a su juicio, no tuvo infancia y tampoco tuvo origen. Aunque la brasileña no sea una literatura menor, De Campos no rechaza la difusión / traducción de otras literaturas pertenecientes a la literatura universal puesto que en caso contrario se corre el riesgo de que se produzca una literatura cerrada sobre sí misma que termine en el tedio y sin las posibilidades que da la renovación debida al contacto con otras literaturas.

Marta Gallo (1987) se ocupa de hacer una revisión crítica de las historias literarias de Anderson Imbert, Luis Leal y Cedomil Goic, a las que considera como manifestaciones que muestran los problemas que se han dado en la articulación de



diferentes discursos en los últimos treinta años en la presentación del proceso literario en Hispanoamérica. La comparación la establece Gallo a partir de una serie de parámetros básicos: a) periodización; b) la manera de consignar los cambios o transformaciones; c) el origen y la explicación que se da a esos cambios; y d) el sentido que se les atribuye. Las conclusiones son reveladoras:

El estudio de las articulaciones discursivas en tres hitos de la historiografía hispanoamericana conduce a tres diseños sucesivos y diferentes en la concepción de la relación con el pasado literario: 1) una visión progresista; 2) un proceso de formación de la conciencia americana; 3) un proceso de conocimiento (revelación) del ser hispanoamericano.

En los tres discursos parece hablarse de lo mismo: anticipación, novedades/innovaciones, influencias de corrientes europeas. Pero las lexicalizaciones, las constelaciones semánticas, las interrelaciones sintácticas, los encadenamientos lógicos, muestran la diferencia. (Gallo 1987: 60-70)

Aunque parece que en la historiografía literaria hispanoamericana ha habido un giro desde una actitud progresista a otra conservadora, la investigadora puntualiza que lo nuevo que aporta Goic es poner de manifiesto lo que la historiografía anterior callaba o negaba: asumir ese pasado y atribuirle un papel activo en el proceso histórico, otorgarle causas internas al cambio, lo que puede dar lugar a muchas lecturas.

En el mismo volumen Ana Pizarro habla sobre los problemas historiográficos de las literaturas latinoamericanas centrándose en la cuestión de discurso literario y modernidad. Pizarro muestra claramente su concepción de la historia literaria, en la que tendremos que profundizar más adelante: “Nos interesa ahora precisar que la opción de una historia de la literatura hispanoamericana es para nosotros lograr aprehender conceptualmente la historia del discurso literario en el lento transcurso de su constitución” (Pizarro 1987: 147).

Susana Zanetti (1987) reflexiona sobre algunas cuestiones relativas a la lectura de la literatura latinoamericana ya que tras el surgimiento de la lectura generalizada de un número importante de autores y obras de estos países se puede decir que tal literatura latinoamericana ha adquirido una dimensión universal que la aleja de la situación de subdesarrollo e interdependencia de la que hablara, entre otros, Antônio Cândido (1972). La lectura fuera de estos países de la nueva “literatura latinoamericana” ha conllevado la no diferenciación de los países a los que pertenecen los diversos autores y obras y el diseño de un imaginario peculiar en el que la lectura y la valoración no coinciden normalmente con las cuestiones que interesan en la lectura y la valoración realizadas en Latinoamérica. La cuestión empieza por la constitución misma del objeto de conocimiento y la determinación de si son las bases lingüísticas o, por el contrario, las culturales las que deben tenerse presentes, pues ambas muestran problemas en tanto que, en relación con las primeras:

hay que tener en cuenta que la diversidad lingüística no se circunscribe a una dispersión geográfica, a cortes sociales horizontales, sino que entraña pluralidad en

los cortes verticales en una misma región o país (área andina, mesoamericana, etc.), en la que se dan y se han dado expresiones literarias en diversas lenguas. Hay que tener en cuenta también que si se insiste en el soporte lingüístico se corre el riesgo de obrar a contrapelo de tendencias presentes en la vida social latinoamericana que, en un proceso conflictivo, va mostrando propuestas de firme interacción entre las diferentes culturas, o de afirmación de algunas lenguas indígenas [...]; también el interés por el conocimiento de esas culturas, no solo en el ámbito de la investigación, sino también en sectores sociales cada vez más amplios, que reconocen como propio el legado de esas culturas. (Zanetti 1987: 177-178)

Hay que tener en cuenta, por tanto, las expresiones literarias que proceden de las lenguas indígenas, la precolombina y las expresiones folclóricas y literarias, algunas de ellas muy antiguas y transmitidas oralmente hasta que fueron incorporadas a la literatura culta. Hay que tener en cuenta también los textos tradicionales de circulación oral, las culturas populares tradicionales que son recopiladas en el siglo XX y la cultura popular urbana<sup>3</sup>.

A estas alturas no cabe duda de que todas las ideas recogidas hasta aquí presentan un gran interés, pero son dos propuestas en concreto las que van a romper con la inercia de la historia literaria tradicional: el modelo de Alejandro Losada y el de Ana Pizarro.

Losada publica a mediados de los setenta un trabajo en el que sistematiza los conceptos que luego aplicará a la historia literaria. La idea de la que parte es la de que los sistemas literarios son instituciones sociales, la finalidad: “la presentación de un modelo hipotético-deductivo de sistema literario que permita la comprensión de la literatura hispanoamericana posterior a la Independencia como praxis de diversos grupos sociales” (Losada 1975: 39). Los modelos utilizados para intentar comprender la literatura hispanoamericana como conjunto son considerados arbitrarios, incoherentes e insuficientes; sus limitaciones son varias: no han podido dar razón del diferente desarrollo diacrónico sub-regional ni de la simultaneidad de fenómenos que aparecen de manera inmediata en literaturas de calidad; el intento de solucionar esas diferencias con el método generacional ha fracasado debido a que se ha procedido al agrupamiento incoherente de autores tan distintos como Cortázar, Onetti, Ciro Alegría y José María Arguedas; se han utilizado criterios descriptivos e interpretativos no pertinentes; no se ha distinguido entre la valoración estética de una obra, un nuevo conjunto literario y su significación social. En suma:

La crítica más reciente cruza los dos criterios, encomiando simultáneamente la autonomía y la madurez artística de la nueva literatura, y su significado social y

---

<sup>3</sup> Recientemente Ricardo Cuadros (2005, 2006) ha estudiado minuciosamente la periodización literaria y el método generacional en las obras más significativas de la historiografía latinoamericana poniendo de manifiesto las fallas teóricas y metodológicas que presentan tales instrumentos teóricos en la práctica.

político. Pero ni en uno ni en otro juicio han puesto en claro los supuestos estilísticos y estéticos y sociales en que fundan su interpretación. (Losada 1975: 40)

El problema fundamental con el que se enfrenta Alejandro Losada es que la crítica literaria en el subcontinente no ha trabajado con modelos, no ha formulado hipótesis que pudieran ser verificadas y discutidas y ni siquiera ha pasado de la etapa monográfica de recopilación de datos y estudio de autores y obras concretas. En este aspecto su propuesta es nueva en tanto que propone un modelo que ha aplicado durante los dos últimos años a los sistemas literarios de Perú y de la narrativa hispanoamericana realista a partir de la Independencia; los logros conseguidos hasta ese momento son, a su juicio, tres: primero, lograr articular los diversos conjuntos literarios a los grupos productores de manera que se ponga de manifiesto que son la praxis social de las élites y no la “literatura hispanoamericana” como conjunto y unidad; segundo, ha permitido distinguir tres literaturas o sistemas literarios; y tercero, ha permitido también rehacer el proceso diacrónico y la sincronía del fenómeno literario tomando cada sistema por separado como unidad básica de comprensión en lugar de reducir o suprimir las restantes.

El ensayo de Losada tiene dos partes en las que se ocupa de exponer su concepto de sistema literario como institución social y su modelo de análisis, respectivamente. Su noción del fenómeno literario aparece vinculada a la comprensión que se había dado hasta entonces de la literatura hispanoamericana como conjunto basándose en la combinación de dos criterios no homólogos: el de época, entendida en sentido positivista, y el de período, entendido como instrumento descriptivo que servía para exponer las variaciones históricas de las formas, los estilos, las técnicas o las intenciones estéticas. Esta combinación conducía a la división de la literatura latinoamericana en cuatro épocas –precolonial, colonial, republicana y contemporánea– según criterios políticos, económicos y sociales, pero ignorando las cualidades literarias de las obras. Por otro lado, se compara esta literatura con las literaturas de los países dominantes.

Los críticos contemporáneos ven los problemas de este doble modelo tradicional y reaccionan de dos maneras:

Por un lado, tienden a constituir una ciencia de la literatura en el sentido inmanentista y formalista, es decir configurando un objeto autónomo, estudiándolo de manera independiente a todo contexto y a toda reducción. Por otro lado se esfuerzan por articular el fenómeno literario a la realidad social. (Losada 1975: 41)

Los discursos immanentes han sustituido el concepto de época por el de contemporaneidad y han cambiado el modelo historicista y positivista por el subjetivista y actualista; lo que importa, en definitiva, es localizar determinadas obras culturales que son patrimonio de un pueblo y de toda la humanidad. Del otro lado, han sido varios los modelos propuestos para explicar la literatura como fenómeno social, operación que conlleva dos fases: la descripción de los conjuntos y su progresiva articulación, que deben dar lugar a la explicación. Todas las tendencias críticas que

consideran a la literatura como fenómeno social aceptan este modo de proceder, las tendencias predominantes articulan los conjuntos “a) a la realidad social como a un todo indiferenciado; b) a la sociedad estratificada y conflictiva, evolucionando a través de períodos históricos; y c) a ciertos sectores, grupos o élites de la sociedad” (Losada 1975: 43). Para Losada los dos primeros niveles están presentes en el fenómeno literario y participan en la configuración de algunos de sus rasgos, pero sólo el tercero constituye su especificidad. La crítica ya ha tratado con anterioridad la presencia de distintas razas y culturas en el continente americano y su relación con la metrópoli, pero al reducir una enorme complejidad a un todo unitario, indiferenciado y estático (el mestizaje, por ejemplo) ha ocultado las auténticas características de esas literaturas y esas culturas ya que la idea de mestizaje no puede ignorar la dominación y la dependencia, la peculiar relación de la sociedad latinoamericana con el desarrollo histórico que se produce en la Edad Moderna y la posterior revolución burguesa. El modelo Losada parte, pues, de la idea de que hay que articular el fenómeno literario a una sociedad estratificada, conflictiva, que evoluciona a lo largo de todo el proceso histórico; además, parte de una idea crítica de la cultura.

Tres modelos que se han dado en Latinoamérica partiendo de estos presupuestos son los de José Antonio Portuondo, Antônio Cândido y Ariel Dorfman, que Losada critica en función de tres presupuestos:

Por un lado se haría necesario formular una hipótesis sobre la realidad social latinoamericana que debería tener en cuenta situaciones histórico-sociales en la estructura de la producción y en la de las relaciones entre las clases y los grupos sociales (imperialismo, dependencia y subdesarrollo, violencia); por otro lado, se haría necesario formalizar todo el fenómeno literario como un conjunto, cuyos rasgos relevantes remitan a un modelo análogo a la hipótesis con que se comprende la realidad social; y, finalmente, se habrían de poner los dos conjuntos en relación. (Losada 1975: 46)

Lo que Losada no tiene presente es que los críticos que cita no se marcan esos objetivos, por eso ofrecen modelos diferentes al suyo.

En suma, el ya llamado modelo Losada tiene las siguientes bases programáticas:

Los supuestos teóricos del modelo conceptual que concibe el fenómeno literario como inmediatamente articulado a la situación de la estructura social, son los siguientes: 1) se concibe al fenómeno literario como producto de una situación objetiva, la cual se desarrolla en la estructura social o en el modo de pertenencia de un sujeto productor a una clase social; 2) se interpreta la naturaleza de la literatura como una forma de conciencia o de conocimiento, en el sentido de que sería una elaboración refleja y deformada de una situación que se desarrolla de manera independiente del sujeto productor; 3) se la analiza como un hecho estático, dependiente de un orden de cosas más consistente y determinante y, por lo tanto, como a un fenómeno residual y no-significativo para determinar la existencia concreta del sujeto productor; 4) se juzga el orden del lenguaje y de la cultura como un ámbito interiorizado y subjetivo, en el sentido que no intervendría en la constitución de relaciones fundamentales del sujeto productor con respecto a sí mismo, a

los diversos factores de la estructura social y al proceso histórico. (Losada 1975: 57)

Se trata, como hemos podido ver, de un modelo profundamente pensado y basado en una visión materialista del fenómeno literario, pero surgido también a partir del conocimiento de la realidad literaria y cultural de un país como Perú. Por ello su vigencia llega hasta nuestros días, no en vano el mismo Alejandro Losada se ha encargado de difundirlo, primero en la obra publicada en su país *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en Hispanoamérica y Perú* (1976), después en obras que han alcanzado una difusión mayor que el ensayo comentado como son *La literatura en la sociedad de América Latina: los modos de producción entre 1750-1980: estrategias de investigación* (1980) y *La literatura en la sociedad de América Latina: Perú y el Río de la Plata 1837-1880* (1983).

La segunda parte (continuación y desarrollo) del ensayo teórico aquí comentado aparece en 1980 con título definitivo, “Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina” (1980). Lo primero que destaca el crítico es el carácter no científico de la historia literaria existente hasta ese momento:

La disciplina no ha logrado todavía constituir objetos que configuren una suficiente masa crítica como para tratarlos a la manera de fenómenos culturales de la sociedad, refiriendo la literatura exclusivamente al autor o considerándolo como un fenómeno inmanente completamente desvinculado de la vida social; no se ha ocupado de sus desarrollos históricos; no se ha hecho problema de su especificidad frente a otras literaturas; no se ha preguntado por las diferencias básicas sub-regionales; no ha investigado sus características institucionales y, en fin, no ha podido emprender una reflexión interdisciplinaria averiguando su función en la vida social. (Losada 1980: 168)

En función de éstas y otras deficiencias hay que proponer una nueva historia literaria que, por su complejidad, debe elaborar un equipo de investigadores. Las cuestiones y problemas a los que hay que hacer frente, a juicio de Losada, son los que siguen:

1) El problema de la especificidad de la literatura ilustrada en América Latina que, aunque ha sido considerada única durante mucho tiempo, convive con otros fenómenos específicos que han de contemplarse también como son la literatura gauchesca, las literaturas indigenistas, el movimiento de la negritud, y otros.

2) Campo y objeto I: la especificidad de este fenómeno surge como resultado de la praxis social del grupo productor de cultura y de las funciones que cumple en la vida social; esto es, “no se trata sólo de ampliar el objeto de investigación y de integrar los resultados de otras disciplinas sobre los niveles histórico-culturales, sino de la relación entre literatura y sociedad, y de las funciones que cumplen estas literaturas en el desarrollo de estas sociedades” (Losada 1980: 173).

3) Campo y objeto 2: la especificidad de la literatura latinoamericana como un fenómeno social es el resultado de un proceso genético que se desarrolla a partir de finales del siglo XVIII y culminó con la constitución de un horizonte cultural con-

temporáneo, “nuestra hipótesis –observa Losada (1980: 179)– afirma que es muy difícil interpretar correctamente el horizonte cultural instituido por la literatura contemporánea, si no se estudia el momento presente como la respuesta a una serie acumulada de problemas y de experiencias históricas que determina decididamente la forma de esta producción cultural”.

4) La hipótesis de trabajo parte de una serie de premisas básicas: a) hay que trascender el análisis de obras y autores particulares y constituir conjuntos literarios relevantes que dominen el horizonte social; b) hay que superar el tratamiento inmanente de los conjuntos literarios y devolverlos a su realidad concreta articulándolos con la sociedad en la que tienen existencia real, observando las funciones que cumplen en la vida social y comprendiéndolos como el resultado de una práctica concreta de un determinado sujeto social; y c) hay que comprender esa práctica social como parte de una agenda que se plantea con la destrucción del mundo colonial, y, a su vez, es el resultado de la acumulación de expectativas y experiencias que giran en torno a posibilidades de transformar esa sociedad y su situación en un periodo contemporáneo.

Ni que decir tiene que éste es un proyecto ideal. Losada conoce perfectamente las literaturas latinoamericanas y los distintos sistemas sociales. A ello se une una profunda formación teórica en el terreno en el que se mueve, de ahí que al enfrentarse a la práctica de la historia literaria de determinadas regiones y periodos su trabajo sea mucho más coherente que el del resto de los historiadores de la literatura de América Latina, pero lo cierto es que la práctica historiográfica presenta problemas que a veces son difíciles de encajar en determinadas teorías construidas en función de una realidad, pero también de la necesidad de otorgarle coherencia científica a una disciplina literaria. Aún así, el modelo Losada es el más completo y coherente que se ha formulado para la historiografía latinoamericana.

Ana Pizarro es la otra gran innovadora de la teoría de la historia literaria en Hispanoamérica. Con el apoyo de la AILC y la UNESCO encabeza el proyecto titulado *Para una historia de la literatura latinoamericana*, el cual dio lugar a la celebración de dos encuentros cuyas ponencias y discusiones conocemos porque fueron publicadas en dos volúmenes. El primero en aparecer (que corresponde a la segunda reunión, celebrada en octubre de 1983) tiene el título *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), el segundo (correspondiente a la reunión de noviembre de 1982) es *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (1987) –seguiremos aquí el orden de edición de las dos obras, no el de celebración de los encuentros, ya que es la forma más coherente de proceder teniendo en cuenta los respectivos contenidos–.

Frente al carácter sintético y contundente del modelo Losada, el modelo Pizarro se extiende en múltiples direcciones y no niega a los precursores, esto es, la labor realizada por Henríquez Ureña y Alfonso Reyes principalmente. “Los problemas previos” que señala la autora son los que se estaban debatiendo en ese momento: la problemática definición del objeto literatura, la necesidad de contemplar e incorporar las literaturas indígenas y del Caribe, la dificultad de estudiar un discurso literario múltiple ya que la llamada literatura latinoamericana constituye un conjunto

formado al menos por dos o tres sistemas literarios diferenciados según las regiones, y la falta de instrumentos teóricos y metodológicos adecuados para dar cuenta de todo ello. La historia literaria tradicional, esto es, la anterior a Henríquez Ureña, que sería la que iniciaría la historia literaria moderna a juicio de esta investigadora, no había podido solucionar estos problemas por las grandes limitaciones que presentaba frente a un universo cultural y literario rico como el latinoamericano y por la carencia de un aparato conceptual apropiado, de ahí proceden su reduccionismo, la transferencia de modelos teóricos, la simplificación del nacionalismo y la limitación del concepto de literatura latinoamericana a la producida por sectores cultos.

La organización por periodos tampoco se considera oportuna: si es por siglos, porque sólo tiene la validez de la cronología; si se basa en criterios pertenecientes a la historia política, porque ignora la especificidad del fenómeno literario; la periodización basada en épocas culturales, por otro lado, no da cuenta con propiedad del proceso de las literaturas que se constituyen no de forma mecánica, en función de los modelos metropolitanos, sino “como respuesta creativa a los procesos de expansión de las literaturas metropolitanas o de centros culturales hegemónicos” (Pizarro 1985a: 29).

El mayor problema metodológico deriva de la complejidad de las literaturas del subcontinente que conviven de forma paralela, aparecen y desaparecen de forma diferente en distintos marcos geográficos..., en definitiva, no existe una sucesión temporal homogénea. Las posibles alternativas para abordar este problema son dos:

ellas [las literaturas] podrán ser aprehendidas en la medida en que accedan a la periodicidad del conocimiento occidental, en la medida en que este conocimiento y esta temporalidad se las apropia [...].

Otra proposición de solución metodológica tiene que ver con la constitución de unidades en torno a movimientos que se erigen en centros de dinamismo literario, o de autores especialmente distinguidos que permiten entregar un momento o un desarrollo orgánicamente concebido en torno a ellos. (Pizarro 1985a: 45)

Pero es en la perspectiva comparatista en la que Ana Pizarro encuentra respuestas a muchas de las cuestiones que tiene pendientes. El que llama *comparatismo contrastivo* (concepto aceptado por los demás miembros del proyecto de investigación) puede dar cuenta fielmente de los dos o tres sistemas literarios que se dan en Latinoamérica: el erudito y el que se produce en lenguas nativas, el afroamericano y el sistema popular de las lenguas metropolitanas. Retomando las ideas expuestas en un artículo de 1982 sobre las corrientes del comparatismo en América Latina, Pizarro puntualiza su propuesta:

Una doble dualidad marca pues la perspectiva de nuestra óptica comparativa. Por una parte es un comparatismo que se propone observar tanto los puntos de conjunción como de divergencia de las diferentes literaturas de América –América Latina y el Caribe– entre sí, la unidad en la diversidad de las manifestaciones literarias continentales. Por otra parte es un comparatismo que intenta apuntar las relaciones de las literaturas continentales en sus diferentes sistemas con las literatu-

ras no continentales y en éstas con aquellas que han tenido mayor incidencia como son las literaturas de Europa Occidental. (Pizarro 1985a: 67)

Junto al *comparatismo contrastivo*, la *función histórica* es otro de los conceptos clave de esta propuesta: "En efecto, en una literatura que busca su expresión la historia literaria debe poder observar que más allá de las diferenciaciones estéticas a veces enormemente contradictorias subyace una función histórica que puede establecer la continuidad" (Pizarro y Pacheco 1985: 69).

Los participantes en el proyecto sienten que éste forma parte de la *Historia de las literaturas de lenguas europeas*, por lo que se relacionan con investigadores de diferentes literaturas en el seno de la AILC. En la otra reunión que tienen los participantes sobresalen como problemas la elaboración de la periodización y el temario de su desarrollo dentro de un marco concreto: "la revalorización del método histórico, cuyo descrédito se dio en gran medida con el desarrollo del positivismo, la separación tajante entre historia y crítica, y, en general, con los mecanicismos de todo tipo" (Pizarro y Pacheco 1985: 70). En lo que se refiere a la periodización de la literatura hispanoamericana, estos autores admiten la necesidad de reconocer sus limitaciones y poner de manifiesto sus aspectos válidos. La noción de periodo es una gran noción histórica abarcante:

Allí se observa la evolución de las estructuras literarias en discursos muchas veces paralelos y contradictorios que constituyen fenómenos literarios emergentes, generadores de norma estética, de "horizonte de expectativas" de un público, y que luego entran en procesos de reacondicionamiento, de contradicción con otros procesos en coyunturas que ponen en evidencia el cambio. (Pizarro y Pacheco 1985: 73)

Pero también el acto de periodizar implica realizar una lectura fragmentadora de la historia literaria —de la realidad continental dispersa en multitud de literaturas nacionales y a partir de la reunión de autores y obras que conlleva cierta percepción homogénea de elementos a través de los cuales se manifestaría la literatura continental como proceso— y llevar a cabo una lectura selectiva en la que se privilegian sectores, sistemas o regiones, aunque no hay que olvidar, como se ha hecho tradicionalmente, las literaturas populares e indígenas a favor de la literatura culta. Dos ámbitos conflictivos son el del Caribe primero y el de Brasil en segundo término, aunque no vamos a tratarlos aquí por la falta de espacio.

En la obra publicada en 1987, *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. La idea central sigue siendo elaborar una historia literaria basada en un comparatismo contrastivo, pero el comparatismo es ajeno a muchos de estos investigadores, cada uno de los cuales habla desde la perspectiva personal de sus respectivas investigaciones siendo incapaces así de articular un proyecto colectivo, razón que por sí misma explica que el proyecto se diera por finalizado con este segundo volumen.

En cualquier caso no se puede ignorar que, en términos generales, en el volumen se expone una crítica de la historia literaria tradicional y de la problemática que



encierran muchos de sus conceptos más destacados como el de objeto de estudio, periodos, movimientos y escuelas. Quizá los dos elementos más innovadores sean, primero, la reivindicación de una historia literaria que atienda a los procesos transculturadores que se dan en el continente (esto es, la presencia y concreta función cultural de indígenas, negros, etc.) y atendiendo no sólo al sistema literario culto, sino también a sistemas literarios populares y orales puesto que se entiende siempre que la historia literaria forma parte del proceso social de América Latina; y, segundo, en relación con lo anterior, se impone pensar una “historia posible” de la literatura latinoamericana frente a la historia real, existente, basada en la literatura culta y escrita en lenguas europeas. Estamos, de nuevo, con un modelo ideal, no coordinado en este caso por la variedad de posiciones de los autores que intervienen en él, pero que apunta a lo que a finales del siglo XX era ya evidente: la inoperatividad de la historia literaria existente y la consecuente necesidad de buscar otro modelo que respondiera mejor a la compleja realidad literaria de América Latina y sus distintas comunidades.

La misma Ana Pizarro retoma de alguna forma el proyecto años después en una obra extensa y minuciosa que deja a un lado la reflexión teórica para sumergirse directamente en la difícil realidad de los pueblos latinoamericanos; es *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura* (1993), obra que la coordinadora general, en el “Prólogo”, presenta como continuación del proyecto primero, del que habían publicado los resultados parciales, los dos libros ya citados, en los siguientes términos:

Este proyecto fue desarrollado con grandes estímulos, pero también con todas las dificultades con que se lleva a cabo la investigación de largo aliento en la cultura del continente. Estas dificultades nos hicieron renunciar al proyecto inicial, y adoptamos la resolución de publicar los resultados parciales de la investigación, transformando la Historia inicialmente prevista en tres volúmenes de ensayos dispuestos en orden cronológico. (Pizarro 1993: 13)

En contra de lo que podría creerse, el número elevado de colaboradores no resta coherencia a la obra como conjunto ya que cada uno de ellos se encarga de tratar el tema en el que es especialista. El criterio cronológico elimina la problemática de las generaciones y periodos considerados como lo hacía la historiografía clásica ya que se atiende a tres épocas en sentido muy amplio: vol. 1 “A Situação Colonial”, vol. 2 “Emancipação do Discurso”, y vol. 3 “Vanguarda e Modernidade”. Ni que decir tiene que en ellos se abordan épocas y conceptos conflictivos como barroco, modernismo o vanguardia, pero no como eje vertebrador de la obra, sino al hilo de las distintas problemáticas que se analizan cronológicamente.

En contra de lo que podría creerse esta obra tiene la coherencia que echamos en falta en las dos obras anteriores coordinadas por Pizarro, pero quizá no existiría sin esas reflexiones previas que se produjeron durante años y estuvieron acompañadas de encuentros, contactos, discusiones... *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura* es la historia literaria y cultural que corresponde a un subcontinente como el latinoamericano en el que literatura y cultura conviven en marcos dispares y épocas

distintas. Los dos grandes retos que parecían plantearse años atrás se ven cubiertos: primero, terminar con las limitaciones de la historia literaria clásica no sólo superando sus limitaciones metodológicas sino también renovando su mismo objeto de estudio que pasa de ser la literatura en sentido estricto a las literaturas de la más variada índole y procedencia junto a las culturas y manifestaciones culturales de grupos que tienen una importante presencia en estos países; y segundo, atender a la totalidad de este vasto espacio geográfico y cultural, hecho cuya importancia destaca la investigadora:

La consideración de América Latina como constituyendo una región de significaciones históricas y culturales comunes, así como la articulación de lo heterogéneo en una estructura global que ha ido integrando históricamente áreas, ha sido desde el comienzo de este trabajo una hipótesis común. En virtud de esta hipótesis hemos hecho presente aquí la expresión de la literatura brasileña a través de la colaboración de los investigadores, junto a la de Hispanoamérica y la del Caribe, en una perspectiva histórica de la construcción del discurso literario y cultural del continente. No fueron pocas las dificultades pero creemos que el resultado valió el esfuerzo. (Pizarro 1993)

La perspectiva teórica se sigue definiendo como histórico literaria y comparativa, hecho que se puede constatar a lo largo de los tres extensos volúmenes.

En la misma línea se inscribe el proyecto “Historias literarias de América Latina” dirigido por Linda Hutcheon y Mario J. Valdés, de la Universidad de Toronto, y Djelal Kadir, de la Universidad de Oklahoma, proyecto financiado por el Consejo de Artes de Canadá y la Universidad de Toronto que se inició en 1995 y en principio tenía prevista una duración de cinco años. La idea de base era elaborar una “Historia comparada de formaciones culturales: Literaturas Latinoamericanas”<sup>4</sup>. Se contó con más de ciento treinta especialistas del continente americano y europeo y de disciplinas variadas como la historia, la geografía, la economía y, lógicamente, la literatura. Al final los resultados, aunque aparecieron después de lo previsto, no defraudaron a nadie. En 2002 Linda Hutcheon edita junto a Mario J. Valdés *Rethinking Literary History: A Dialogue on Theory*, conjunto de seis ensayos en los que se reflexiona, desde un punto de vista teórico, sobre distintas cuestiones de la historia literaria como el modelo nacional, la historia de la historia literaria, el modelo colonial o la memoria racial.

La realización concreta del proyecto aparece editada en 2004 por Mario J. Valdés y Djelal Kadir en tres volúmenes que en conjunto ofrecen más de dos mil páginas y una variedad enorme de contenidos con la que se pretende abarcar prácticamente todo: volumen I, *Configurations of Literary Culture*; volumen II, *Institutional Modes and Cultural Modalities*; y volumen III, *Latin American Literary Culture: Subject to History*. El punto de partida es ya conocido: superar los parámetros de

---

<sup>4</sup> El comparatismo dentro del ámbito de la historia literaria aparece en otros muchos proyectos de los últimos lustros, como hemos estudiado en otro lugar (*vid.* Pulido Tirado 2005).

la tradicional historia literaria basada en movimientos, períodos o lenguas nacionales, que dependía de la filología. El cambio de paradigmas metodológicos se considera imprescindible en el ámbito americano ya que es necesario superar esta forma de proceder así como la visión clásica del objeto de estudio “literatura” para dar lugar a discursos más variados no sólo de índole cultural, sino también de literaturas no reconocidas anteriormente como la literatura oral, en lenguas vernáculas o la popular. Los cambios operados por corrientes destacadas del pensamiento crítico reciente como el postestructuralismo o la crítica feminista son integrados. Pronto se descubre que las fronteras culturales y nacionales del lenguaje deben traspasarse, hecho que se ve confirmado porque tanto las literaturas como las culturas latinoamericanas no son privativas de un país, fluyen de un lugar a otro, lo que no es óbice para que se estudie su origen en un ámbito concreto y, después, los distintos contextos histórico-culturales en los que se desenvuelven. Las partes en que se dividía el proyecto inicialmente da una idea clara de los objetivos que se perseguían: “Parámetros de la cultura literaria”, “Lo excluido y marginado en las historias de América Latina” y “Pluralidades discursivas de la cultura latinoamericana”. Lo cierto es que estamos ya no frente a una historia de la literatura, sino frente a una historia de las culturas literarias que, como tal, no pretende presentar conjuntos homogéneos, sino más bien una historia de la heterogeneidad cultural, como declaran explícitamente los editores. Podemos aludir a algunos puntos débiles que proceden de los colaboradores como la no superación, en casos concretos, de la perspectiva de las literaturas nacionales, o, más importante aún, la ausencia de la literatura del Caribe escrita en lenguas no latinas, pero lo cierto es que se trata de una obra que supera con creces, en la teoría y la práctica, las tradicionales historias literarias.

Llegados a este punto, podemos concluir diciendo, sin ningún género de dudas, que la historiografía literaria latinoamericana está sometida a un proceso de revisión y cambio (teórico y práctico) que es ejemplar en muchos sentidos para aquellos países y ámbitos culturales y geográficos que siguen aferrados a una concepción positivista y en muchos casos decimonónica de la disciplina.

## BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON Imbert, Enrique.

1954 *Historia de la literatura hispanoamericana*. México/Buenos Aires, FCE.

BALLÓN Aguirre, Enrique.

1987 “Historiografía de la literatura en sociedades plurinacionales (multilingües y pluriculturales) (Un escorzo)”, en BARRENECHEA, A. M. (ed.), *La(s) historia(s) de la literatura, Filología* (Buenos Aires), vol. XXII, núm. 2 [monográfico], págs. 5-25.

- BARRENECHEA, Ana María.  
1987 "Introducción", en BARRENECHEA, A. M. (ed.), *La(s) historia(s) de la literatura, Filología* (Buenos Aires), vol. XXII, núm. 2 [monográfico].
- CAMPOS, Haroldo de.  
1987 "Tradición, traducción, transculturación historiografía y excentricidad", en BARRENECHEA, A. M. (ed.), *La(s) historia(s) de la literatura, Filología* (Buenos Aires), vol. XXII, núm. 2 [monográfico], págs. 46-53.
- CÂNDIDO, Antonio.  
[1957] *Formação da Literatura Brasileira*. Belo Horizonte, Itatiaia, 2 vols. (3ª ed. 1981).  
[1972] "Literatura y subdesarrollo", en FERNÁNDEZ MORENO, C. (comp.), *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI/UNESCO, (3ª ed. 1976).
- CORNEJO POLAR, Antonio.  
1977 "El indigenismo y las literaturas heterogéneas. su doble estatuto sociocultural", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 7-8, págs. 7-21.
- CUADROS, Ricardo.  
2005 "Periodización Literaria y Contexto Histórico. Aproximaciones. Preliminar", en [http://www.critica.cl/html/rcuadros\\_02.html](http://www.critica.cl/html/rcuadros_02.html) (consultado en septiembre de 2006).  
2006 "Contra el método generacional", "El método generacional. Origen y desarrollo", "El método generacional en Latinoamérica", "La periodización generacional de Cedomil Goic", en [http://www.critica.cl/html/rcuadros\\_10.htm](http://www.critica.cl/html/rcuadros_10.htm) (consultado en septiembre de 2006).
- DILTHEY, Wilhem.  
1944 *Introducción a las ciencias del espíritu*. Versión y pról. Eugenio Imaz, México, FCE.
- DORFMAN, Ariel.  
1970 *Imaginación y violencia en América Latina*. Santiago, Universitaria.
- GALLO, Marta.  
1987 "Historiografía e historias de la literatura hispanoamericanas", en BARRENECHEA, A.M. (ed.), *La(s) historia(s) de la literatura, Filología* (Buenos Aires), XXII, núm. 2 [monográfico], págs. 55-71.
- GOIC, Cedomil.  
1980 *Historia de la novela hispanoamericana*. Valparaíso, Eds. Universitarias de Valparaíso.  
1988 *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. 1. Época Colonial, 2. Del Romanticismo al Modernismo, y 3. Más allá de la Post-Modernidad*. Barcelona, Crítica.

- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz.  
 [1983] “La crítica y los problemas de la historia literaria”, *Texto Crítico*, núm. 26-27, págs. 45-64.  
 1987 *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*. La Habana, Casa de las Américas.  
 2002 *Fundaciones. canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2ª ed. corregida y actualizada.  
 1990 “Una tarea en marcha. Estrategias para la historia de la literatura hispanoamericana”, *Escritura*, núm. 29, págs. 23-38.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro.  
 [1945] *Las corrientes literarias en la América hispana*. México, FCE (2ª ed. 1994).
- HUTCHEON, Linda, VALDÉS, Mario J. y KADIR, Djelal.  
 1995 *Historia comparada de formaciones culturales. Literaturas Latinoamericanas* [Proyecto de investigación], en <http://www.chauss.utoronto.ca/> y [http://www.clwebjournal.lib.purdue.edu/clweb02-2biblio\(latinamericas\).html](http://www.clwebjournal.lib.purdue.edu/clweb02-2biblio(latinamericas).html) (consultados en septiembre de 2006).
- HUTCHEON, Linda y VALDÉS, Mario J. (eds.).  
 2002 *Rethinking Literary History. A Dialogue on Theory*. Oxford, Oxford University Press.
- LEAL, Luis (coord.).  
 1971 *Breve historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid, Cátedra.
- LOSADA, Alejandro.  
 1975 “Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 1, núm. 1, págs. 39-60.  
 1976 *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en Hispanoamérica y el Perú*. Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.  
 1980<sup>a</sup> “Bases para un proyecto de una historia social de la literatura en América Latina (1780-1970)”, *Revista Iberoamericana*, núm. 114-111, págs. 167-188.  
 1980<sup>b</sup> *La literatura en la sociedad de América Latina. Los modos de producción entre 1750-1980. Estrategias de investigación*. Berlin, Latteinamerika Institut der Freien Universität.  
 1983 *La literatura en la sociedad de América Latina. Perú y Río de la Plata 1837-1880*. Frankfurt, Vervuert.

- OSORIO, Nelson y MEDINA, J. R. (eds.).  
1995-1998 *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Venezuela, Biblioteca de Ayacucho y Monte Ávila Editores, 3 vols.
- ORTEGA Y GASSET, José.  
[1923] “La idea de las generaciones”, en *El tema de nuestro tiempo*, intr. Manuel Granell, Madrid, Espasa-Calpe (2003).
- PERUS, Françoise.  
1982 *Historia y crítica literaria. El realismo social y la crisis de la dominación oligárquica*. La Habana, Casa de las Américas.  
1994 *Historia y literatura*. Compilador. México, UNAM.
- PIZARRO, Ana.  
1985a “Los problemas previos”, en PIZARRO, A. (ed.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL, págs. 13-67.  
1985b “La noción de literatura latinoamericana y del Caribe como problema historiográfico”, en PIZARRO, A. (ed.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL, págs. 132-140.  
1987 “Problemas historiográficos de nuestras literaturas. Discurso literario y modernidad”, en BARRENECHEA, A.M. (ed.), *La(s) historia(s) de la literatura. Filología* (Buenos Aires), vol. XXII, núm. 2 [monográfico], págs. 145-156.  
1993 “Prólogo”, en PIZARRO, A. (coord.), *América Latina. Palabra, Literatura e Cultura*, São Paulo / Campinas, Memorial / UNICAMP (1993, 1994, 1995), vol. I.
- PIZARRO, Ana y PACHECO, Carlos.  
1985 “Aprender el movimiento de nuestro imaginario social”, en PIZARRO, A. (ed.), *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, CEAL, págs. 68-77.
- PIZARRO, Ana (ed.)  
1987 *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, El Colegio de México/Universidad Simón Bolívar.
- PORTUONDO, José Antonio.  
[1958] *La historia y las generaciones*. La Habana. Letras Cubanas (1981).
- PULIDO TIRADO, Genara.  
2005 “Hacia la nueva historiografía de la literatura con criterios comparativos”, en *Literatura comparada*, GARCÍA JURADO, F. (ed.), portal LICEUS en Internet. [www.liceus.es](http://www.liceus.es), 22 pp.
- RINCÓN, Carlos.  
1973 “Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Latinoamérica”, *Casa de las Américas*, vol. 14, núm. 80, págs. 135-147.  
1986 “Historia de la historiografía y de la crítica literarias latinoamericanas. Historia de la conciencia histórica”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. XI, núm. 24, págs. 7-19.

SANTI, Enrico Mario.

1984 “Historia e historia literaria en América Latina”, *La Torre*, núm. 126, págs. 101-112.

TRABA, Marta.

1974 “La cultura de la resistencia”, en *Literatura y praxis en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1974, págs. 49-80.

VALDÉS, Mario J. y KADIR, Djelal (eds.).

2004 *Literary Cultures of Latin America. Comparative History*. New York/Oxford, Oxford University Press, 3 vols.

ZANETTI, Susana.

1987 “La lectura de en la literatura latinoamericana”, en Barrenechea, A.M., *La(s) historia(s) de la literatura, Filología* (Buenos Aires), XXII, núm. 2 [monográfico], págs. 175-189.